

El misterio de la luna de miel

Libro IV de la serie Los Sabuesos de la Transición

·NARRATIVA·

Manuel Alfonseca

El misterio de la luna de miel

·SCHEDAS·

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Salvo usos razonables destinados al estudio privado, la investigación o la crítica, ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, eléctrico, químico, óptico, impreso en papel, como fotocopia, grabación o cualquier otro tipo, sin el permiso preceptivo.

© 2015 de texto, Manuel Alfonso

© 2015 de la edición, SCHEDAS

Edita: SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial, 43C

28005 Madrid

España

Tel.: +34 911264770

ofi@schedas.com

www.schedas.com

Primera edición: 2015

Diseño de cubiertas: MMB

Ilustraciones interiores: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-05-6

ISBN (EPUB): 978-84-16558-06-3

ISBN (MOBI Kindle): 978-84-16558-07-0

Impresión: CreateSpace, Amazon.com



Índice

1. ¡Vivan los novios!	7
2. Un viaje muy ajetreado	15
3. El inspector Lemoine	23
4. La persecución	33
5. Planes futuros	43
6. Una cena de sociedad	51
7. Una visita al museo del Louvre	61
8. Un encuentro inesperado	71
9. Una dama en apuros	81
10. Tercera entrevista con Lemoine	91
11. Análisis de la situación	99
12. Sonsacando a la baronesa	107
13. Sonsacando a Buster	117
14. Sola, de noche, en la luna de miel	127
15. Otro mensaje urgente de Gonzalo	135
16. <i>El inspector</i>	145
17. Un <i>impasse</i> ... que se rompe	155
18. Cerrando el caso	163
19. Por fin solos	173
20. Epílogo	181



¡Vivan los novios!

—¡Vivan los novios!

Aquel sábado, 20 de febrero de 1982, a mediodía, tras más de seis años de noviazgo, Gonzalo y yo acabábamos de casarnos. Tras la ceremonia religiosa y de estampar las firmas, mientras salíamos de la iglesia bajo la lluvia de arroz, rememore la historia de nuestro amor desde que nos conocimos en la aventura del zahir de Quetzalcoatl hasta ese momento, cuando la larga espera había llegado a su fin. El pasado mes de junio los dos habíamos terminado nuestros estudios universitarios, y en los últimos meses de 1981 encontramos colocación, por lo que nuestro matrimonio, tan esperado, no podía demorarse más.

La boda resultó un tanto anómala, aunque se ajustó muy bien a nuestros planes. Para empezar, debido a nuestras limitaciones de horario, conseguimos que la ceremonia religiosa comenzara a las 11 de la mañana, en lugar de a las 12, como es costumbre. De no ser así, no habríamos podido terminar de comer con nuestros invitados. En segundo lugar, puesto que yo

soy huérfana de padre, los padrinos fueron mi madre y el padre de Gonzalo, invirtiéndose así la acostumbrada distribución de sexos. Terminada la ceremonia, las firmas y las felicitaciones, Gonzalo y yo nos fuimos precipitadamente a mi casa, donde lo teníamos todo preparado para cambiarnos de ropa, recoger las maletas y trasladarnos al hotel donde iba a tener lugar la comida. Aunque es costumbre que los novios hagan acto de presencia en la celebración vestidos con el traje de fiesta, en nuestro caso también tuvimos que renunciar a ello, pues no habríamos tenido tiempo suficiente.

Para reducir al mínimo el tiempo de los traslados, habíamos elegido cuidadosamente el hotel en la parte norte de Sevilla, camino del aeropuerto, donde tomaríamos el avión de Madrid para enlazar con el tren nocturno a París, en el que habíamos reservado una cabina de coche cama, pues pensábamos pasar la luna de miel en la capital de Francia.

Para cuadrar unos horarios tan apretados, tuvimos que solicitar en el hotel un pequeño cambio respecto al programa acostumbrado: los invitados llegarían a partir de la una, y la comida empezaría sin falta a las dos. Así, a las cuatro, después de cortar la tarta y engullir un pedazo a toda prisa, dimos un beso a la familia más próxima, la que estaba en la mesa presidencial, nos despedimos a la vez de todos los demás, levantando y agi-

tando la mano, y salimos corriendo, acompañados de León, el hermano de Gonzalo, que nos iba a llevar en su coche al aeropuerto. Nuestro equipaje ya estaba en el maletero. En cuanto a los invitados, se quedarían en el hotel hasta la caída de la noche, para la sobremesa y el baile, al que tampoco podríamos asistir, rompiendo una vez más todos los precedentes: otra anomalía que no tuvimos más remedio que aceptar.

Como siempre ocurre, en el último momento, mientras atravesábamos el salón, una de mis amigas corrió hacia mí y me puso en la mano un paquetito. Era su regalo de boda, que hasta ese momento no había tenido ocasión de entregarme. Y por mucho que yo insistí en que se lo diese a mi madre, pues nosotros salíamos en viaje de luna de miel, no hubo manera de convencerla.

—¡Vamos, hija, no seas plasta! —exclamó—. Llévatelo. Es tan pequeño que cabe en cualquier sitio.

No tuve más remedio que meterlo en el bolso y salir corriendo. Diez minutos después, entrábamos en el aeropuerto y nos despedíamos de León. Bueno, en realidad se llama Fernando, pero a él le gusta que le llamemos así, porque, como él dice, es valiente como un león. Mientras entregábamos el equipaje en el mostrador correspondiente a nuestro vuelo, noté que un hombre se había colocado detrás de nosotros, pero supuse que sería otro de los pasajeros y ni

siquiera lo miré. Justo cuando nuestras maletas emprendían viaje por la cinta transportadora, el hombre me dio un golpecito en el hombro y dijo:

—¡Enhorabuena, Vicky!

Entonces lo miré y le reconocí. Estaba vestido con elegancia, con una gabardina impoluta y sin una arruga. Tendría unos cuarenta y cinco años, y sus ojos, de color gris acero, demostraban que tenía la costumbre de tomar el mando dondequiera que se encontrase.

—¡Inspector Gutiérrez! ¡Cuánto tiempo sin verle! ¡Qué casualidad! ¿Viene usted con nosotros a Madrid?

—No tengo ese gusto. Solo he venido a despedirles.

—¡Mira, Gonzalo! ¿Te acuerdas? Es el inspector Gutiérrez. Ha venido a felicitarnos, — dije a mi novio, digo a mi marido, que en ese momento se apartaba del mostrador con las cartas de embarque en la mano. Aunque en general tiene buena memoria, Gonzalo no es muy buen fisonomista. Además, él y el inspector no se habían visto desde la aventura de la casa encantada, mientras que yo tuve ocasión de colaborar con él en el caso, más reciente, del brazalete de zafiros. Gonzalo le saludó con cierta reserva. En su momento, no le gustó mucho que yo participase en esa aventura sin estar él presente, y el recuerdo aún le escocía un poco.

Miré el reloj. Nos quedaban unos minutos.

—Veo que está usted muy bien informado, inspector. Sin duda sabía que hoy nos casábamos, y también dónde y a qué hora podría encontrarnos.

—En efecto, cuando algo me interesa, siempre procuro tener buenas fuentes de información.

—Deduzco entonces que lo que le trae aquí no es únicamente el deseo de felicitarnos. Usted quiere pedirnos algo, —añadí, mirándole significativamente, pues me encanta desconcertarle con mis deducciones, más o menos acertadas.

Gonzalo me miró con sorpresa. El inspector tardó un poco en contestar.

—Ya veo, Vicky, que sigue usted tan aguda como siempre. En efecto, quiero pedirles algo.

—Usted dirá.

—Verán. Estamos colaborando en un caso con la *Sûreté* de París. Tengo necesidad urgente de enviar un paquete al inspector Lemoine, pero el correo sería demasiado lento y no quiero ponerlo en manos de un mensajero, porque no me fío. Tampoco puedo enviar a uno de mis hombres, pues están todos muy ocupados. Por eso, sabiendo que ustedes salían esta tarde hacia París, se me ocurrió que sería una buena solución que se encargasen de llevar el paquete. Siempre que no les parezca mal, naturalmente.

—¡Pero inspector! —exclamó Gonzalo. —¿No sabe usted que esta es nuestra luna de

miel? ¿Cree que tendremos tiempo de llevar encargos de un lado para otro?

—No les llevará más de media hora, —explicó Gutiérrez. —Ese será el tiempo necesario para acercarse a las oficinas de la Sûreté y entregar el paquete al inspector Lemoine. Después podrán olvidarse de todo y dedicarse en cuerpo y alma a su luna de miel. ¿No quieren hacerme ese favor?

Aunque Gonzalo no parecía muy dispuesto a aceptar, decidí adelantarme, antes de que se le ocurriera soltar una impertinencia. Al fin y al cabo, el inspector era un amigo, al menos para mí.

—Por supuesto, inspector, claro que vamos a hacerle ese favor. ¿Dónde está el paquete y dónde tenemos que entregarlo?

Mientras Gonzalo se mordía los labios, tragándose las palabras que estaba a punto de pronunciar, Gutiérrez metió la mano en el bolsillo de su gabardina, donde siempre acostumbraba llevar las cosas más variopintas, y sacó un paquete bastante pequeño, del tamaño de una caja de cerillas de cocina, envuelto cuidadosamente en papel de plata. Abrí el bolso y lo introduje al lado del otro, el que me había dado mi amiga unos minutos antes. Pensé que mi bolso se estaba convirtiendo en un cajón de sastre y sonreí al pensar que dentro de unos días habría allí muchas cosas más, recuerdos de la luna de miel que iríamos acumulando durante el viaje.

—Aquí tienen el nombre, dirección y teléfono de Lemoine, —dijo el inspector, alargándonos una tarjeta, que Gonzalo se embolsó. —En cuanto vuelva a la jefatura, le informaré de que ustedes llegarán a París mañana por la mañana con el paquete, para que pierdan el menor tiempo posible al entregárselo.

—Parece que conoce al dedillo nuestro itinerario —dije, mirándole con ironía. —¿Sabe también en qué hotel vamos a alojarnos?

—Reconozco que no tengo esa información, —dijo Gutiérrez, sonriendo.

—No me extraña. Sería sorprendente que la tuviera, pues nosotros mismos no lo sabemos. Vamos al albur. Por cierto, ¿puede decirnos qué hay dentro del paquete?

—No, es mejor que no lo sepan. Ya saben, ojos que no ven...

—Corazón que no siente. Pero ¿no teme usted que nos entre la curiosidad de averiguarlo? Espero que no encontremos un coágulo de sangre, o las uñas de los pies de un asesino, o algo igualmente desagradable...

Gutiérrez me miró con tanta atención que me pregunté si no habría dado en el clavo.

—Espero que no se les ocurra hacerlo. De hecho, confío en usted, Vicky. Estoy seguro de que no hará tal cosa.

—En su lugar, yo no lo estaría. Ya sabe, la curiosidad femenina, la caja de Pandora...

—Deje de tomarme el pelo. Usted no es una mujer vulgar. En fin, muchas gracias por aceptar mi encargo. Ya sé que, en un momento así, es algo muy desagradable, —añadió mirando a Gonzalo, que en toda la conversación prácticamente no había despegado los labios.

—Trataremos de cumplirlo a su entera satisfacción, inspector.

En ese momento los altavoces anunciaron la próxima salida de nuestro vuelo y la apertura de la puerta de embarque.

—Les deseo un buen viaje y una vida entera muy feliz en su nuevo estado —dijo el inspector con rimbombancia, ofreciéndonos la mano, que estrechamos con efusión, al menos por mi parte. Después dio media vuelta y caminó hacia la salida del aeropuerto, sin volverse a mirar atrás.

Gonzalo y yo cogimos el equipaje de mano y nos dirigimos a la puerta indicada. Unos minutos después, estábamos a bordo del avión que nos iba a llevar durante la primera etapa de un viaje que, en aquel momento, no podíamos sospechar que sería completamente diferente de lo que habíamos planeado, pues estábamos a punto de introducirnos en una nueva aventura, tan sorprendente o más que las tres anteriores que habíamos vivido juntos.